

COMUNIDAD Y NIHILISMO: EN TORNO AL PENSAMIENTO DE JEAN-LUC NANCY*

FEDERICO FERRARI**
ACADEMIA DE BELLAS ARTES BRERA

RESUMEN

Jean-Luc Nancy ha planteado ciertos problemas concernientes al sentido, la democracia, la creación ex nihilo y el ser-con. Este texto se propone una lectura de estos elementos de la mano de un pensamiento del nihilismo, planteando la necesidad de llegar al fondo del "hoyo negro" del nihilismo, donde sólo habría lo imprevisible, lo in-visto, lo que aún no se puede figurar. Para el autor, la democracia es la forma de gobierno del nihilismo, en que ninguna forma de vida tiene medida común con otra, donde la indistinción y el vacío de sentido no permiten jerarquía. Salir del nihilismo se trataría, precisamente, de integrar una especie particular de aristocracia que permita la distinción en la democracia. En este ir más allá de la democracia hay una salida al nihilismo.

PALABRAS CLAVE: Nihilismo, Democracia, Jean-Luc Nancy, Jerarquía de valores

COMMUNITY AND NIHILISM: AROUND THE THINKING OF JEAN-LUC NANCY

Jean-Luc Nancy has set out certain problems concerning sense, democracy, ex nihilo creation and being-with. This text propose a lecture of this elements with the help of a thinking of nihilism, setting out the need of reaching the bottom of the "black hole" of nihilism, where it would just exist the unforeseeable, the un-seen, the things that could not being figurate yet. For the author, democracy is the form of government of nihilism, where any lifestyle has common measure with other lifestyles, where the indistinction and the emptiness of sense don't allow hierarchy. Getting out of nihilism would involve the integration of a particular kind of aristocracy that allows the distinction within democracy. In this going beyond democracy there's an exit from nihilism.

KEY WORDS: Nihilism, Democracy, Jean-Luc Nancy, Hierarchy of values

* Artículo recibido el 22 de abril y aprobado el 29 de abril. Traducido del francés al español por Ernesto Feuerhake, licenciado y estudiante de Magíster en Filosofía, Universidad de Chile. Traductor (de facto).

** Federico Ferrari es profesor de Arte y Fenomenología del Arte Contemporáneo en la Academia de Bellas Artes Brera en Milan (Italia) donde también coordina el programa de Culturas Visuales y Curatoria. Ha sido profesor visitante en varias universidades y pertenece a la sección italiana del Collège International de Philosophie.

En el pensamiento de Nancy existe una tenaz tentativa de enfrentar el problema de las sociedades contemporáneas. El sentido mismo de su gesto filosófico puede ser entendido como un intento de abrir o trazar un camino para salir del nihilismo, de toda forma de pérdida de sentido, de disolución de todo valor, sin por ello desembocar en una nueva fundación de valores tradicionales. Se trata de una tarea paradójica, puesto que por una parte quiere ser un pensamiento del sentido y la experiencia de un nuevo sentido del mundo frente al sinsentido del nihilismo contemporáneo, y, por otra parte, este pensamiento del sentido rechaza toda significación ya dada del mundo, toda nostalgia y toda utopía: este pensamiento considera el sentido del mundo *hic et nunc*; aquí y ahora, por lo tanto en el nihilismo. No se trata de abandonar el vacío del nihilismo para volver a la plenitud de un mundo del valor (que estaría perdido o habría sido destruido por el nihilismo), sino de abrir en el vacío de sentido del nihilismo el espacio de una separación, una distancia, una distinción capaz de exponer el mundo, este mundo (no un mundo perdido o un mundo por venir), a una nueva experiencia del sentido. Esta búsqueda de una distinción vuelve a aparecer de muchas formas distintas en el pensamiento de Nancy¹, búsqueda que también es una capacidad de distinguir, por tanto de evaluar, de sustraer las vidas, los gestos, las obras, el mundo, a un sistema de equivalencia universal donde todo se hunde en la indiferencia general, donde ya nada tiene valor y donde una cosa es igual a otra, una vida igual a la otra, una elección a la otra.

La búsqueda de este camino para salir del nihilismo –pero, ¿se trata verdaderamente de una salida?– va más allá de la elección entre opciones. No se trata de volver atrás, ni de lanzarse hacia adelante. No hay ni dos ni más vías entre las cuales escoger. En el fondo, no hay aporía. El pensamiento de Nancy carece de toda dimensión trágica de una elección aporética. No hay más que esta praxis de un encaminamiento necesario por el camino mismo del nihilismo que abre a otro espacio, a un vacío poblado por una nueva pluralidad singular de valores: “[A]brimos un camino hacia la salida del nihilismo. Sabemos que es un camino angosto y difícil, pero está abierto”². En el fondo, no se trata ni de superar el nihilismo ni tampoco de quedarnos presos de él. Se trataría más bien de abrir en el nihilismo un hoyo tan profundo que fuera capaz de llegar hasta su intimidad, la que se revelaría ya no como un vacío que se traga todo, sino como una apertura que deja aparecer una nueva experiencia de la presencia y de su sentido.

1 Cf. por ejemplo Jean-Luc Nancy, “L’image – le distinct”, en *Au fond des images* (París: Galilée, col. “Écritures/Figures”, 2003). Sobre este tema, particularmente en el campo del arte, me permito remitir a mi texto “The dis-enclosure of contemporary art: an underpinning work”, en *Retraiting Religion: Deconstructing Christianity with Jean-Luc Nancy* (Nueva York: Fordham University Press, 2001).

2 Jean-Luc Nancy, *Vérité de la démocratie*, (París: Galilée, col. “La philosophie en effet”, 2008), 21 [En castellano: *La verdad de la democracia* (Buenos Aires: Amorrortu, 2009), 22]

Es como si Nancy nos indicara ir hacia el otro lado de un hoyo negro, allí donde la materia que éste se había tragado renace a una vida nueva...

Por supuesto, la angustia, si no el miedo, pueden aparecer al avanzar hacia el centro del hoyo negro del nihilismo. ¿Cómo tener la certeza de que en el centro mismo del hoyo habrá una dimensión nueva de la materia viviente de nuestras sociedades, y no su disolución? ¿Cómo estar seguros de que en el fondo de la nada del nihilismo hay algo más que el aniquilamiento total, la destrucción de toda forma de vida común? Justamente, no puede haber tal certeza. El vacío del nihilismo nos destina a la ausencia de certezas. Es más: nos obliga a abandonar toda visión, o previsión, de los que nos espera. Porque la única cosa aparentemente segura es que la nueva experiencia del sentido, en el centro mismo del sinsentido del nihilismo, está más allá de toda previsión, de todo lo que ya habría sido visto. Hay que aceptar el vértigo de lo in-visto [*l'involu*], de aquello que no pertenece a nuestro imaginario ya dado, a ninguna de las visiones del mundo que han sostenido y conducido la existencia de la humanidad hasta hoy. Ver lo in-visto es, en el fondo, la tarea misma de la humanidad, de una comunidad humana que encuentra la imagen de sí misma más allá de lo que ha podido imaginarse hasta el presente. Un hombre nuevo –que además es siempre el mismo hombre, que supera infinitamente al hombre. Un hombre que no tiene imagen de sí y que, por ello, desde su aparición es *homo figurans*; un hombre que al crear una distancia entre él y sí mismo, es decir, bosquejando una imagen de sí, no deja de trazar su figura en la búsqueda de sí mismo, de lo que podría querer decir ser hombre; un hombre entre los hombres, un hombre, pues, capaz de humanidad, de este común que compartimos los unos con los otros en la distinción más absoluta entre unos y otros. La humanidad del hombre está al fondo de lo in-visto, en el centro del hoyo negro del nihilismo, donde las imágenes desaparecen, y donde toda figura se desfigura en la nada.

Pero entonces, ¿cómo comprender la soberanía de la nada que el nihilismo lleva consigo? ¿Cómo pensar y vivir un mundo cuya *arquía*, cuyo principio mismo de la vida es nada? ¿Con qué poblar esta nada, este vacío sideral en el que estamos hundidos?

Podríamos decir que la tarea de un pensamiento del nihilismo es precisamente la búsqueda de una forma de vida capaz de poblar el vacío, de crear un vacío poblado. Ahora bien, en el pensamiento de Nancy este vacío poblado es el lugar de la democracia. La democracia es el espacio vacío que permite la presencia de un *demos*, de un pueblo.

En el momento en que apareció la democracia, entre las experiencias de las dos grandes Comunas de París (1789 y 1871), el historiador romántico Jules Michelet tuvo miedo del pueblo y lo subsumió bajo la Nación, la Patria:

le dio una figura inmóvil³. Pero en el momento en que dice que el único monumento del gobierno del pueblo, de la democracia, es un lugar vacío en que la gente se puede reunir, bien sabe además Michelet que el pueblo no tiene sustancia en sí mismo. La voz política democrática no es la voz de la tierra, de la patria y ni siquiera la de una clase (dirigente, media u obrera), sino la respuesta a una apertura, a un espaciamento del lugar político en las calles y en las plazas. Es una sonoridad que mide un espacio, que permite a la calle comprender la amplitud de su propio estrépito, captar su propia polifonía disonante: siempre una voz más, una más, serie infinita, n+1.

Sobre este punto hay que ser muy claros: la democracia no es lo que puebla el vacío, no es la fuente que dispensaría una nueva significación del mundo. La democracia es más bien el espacio vacío para una convocatoria; una plaza en que hacer resonar la voz política, cada voz singular y todas las voces. La democracia no debe saturar las plazas [*places*], sino que debe hacer espacio [*place*] para los que aún no tienen espacio [*place*] propio, es decir, para los que todavía no tienen una voz política, sino sólo un timbre, tonos, líneas rítmicas, una presencia, una realidad. La voz política es monótona: está siempre escandida por la misma frase: que se haga justicia. No es un mandato (impuesto por un discurso político), sino la ley misma que la voz política se da como su propio estribillo. El motivo varía (según el lugar y la época), pero es siempre el mismo estribillo. Es la reiteración [*ressassement*] eterna de lo político.

La democracia, el espacio vacío de esta reiteración sin fin de lo político, es la forma vacía en que puede aparecer un pueblo (un pueblo que no tiene su propia esencia detrás ni delante suyo, sino *en* las prácticas vivientes que la democracia deja ser en su espacio vacío). La democracia no tiene ningún contenido. No se inspira en ninguna figura directriz. No da forma [*n'informe*] a la vida, sino que justamente deja ser. En una palabra, la democracia es distinta de la vida, no se ocupa de darle un sentido a la vida. En el fondo, podemos decir de manera muy directa que la democracia es la forma de gobierno del nihilismo. Su distinción, su capacidad de distinguirse de la vida, del contenido de su forma vacía, es originaria, es co-originaria de la aparición del nihilismo. Sería posible decir que este carácter distinto de la democracia es una archi-distinción que toca a su esencia, e incluso a la esencia del nihilismo. La democracia no es más que un origen vacío, abierto a lo que viene. Es el vacío que permite que la comunidad transite y se encuentre: que se relacione.

El vacío de la democracia no es el abismo –que es el inverso exacto del tótem comunitario (para muchos incluso el último tótem). Y tampoco es un “hoyo” que daría a una dimensión distinta que la política, ni a una ultra-política (en este caso sería una suerte de hoyo negro en que vendría

3 Cf. Jules Michelet, *Le Peuple* (París: Flammarion, 1974 [1846]) [En castellano: *El pueblo*, (Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2005)].

a abismarse una política sobre-humana). El vacío es la falta de sustancia identificatoria (o la falta de un Sujeto –sea cual sea su proveniencia histórica e ideológica: Patria, Raza, Clase, etc.: toda la galería de las figuras de un Padre ausente o asesinado). El vacío es la inexistencia de Causa común entre los humanos. En un sentido, no deja de coincidir con el lenguaje (que nos distingue en tanto que humanos, sin que sea nuestra Causa). De este modo, es aquello que permite que los seres singulares se relacionen en su singularidad absoluta, y es por esto que no hay política sin voz, que no se articule a viva voz, es decir, sin la experiencia singular del lenguaje y de la distinción de las voces⁴.

El problema de la archi-distinción de la democracia es que, al carecer por completo de jerarquía, crea una indistinción general entre las formas de vida que existen en su espacio. No tiene ninguna función reguladora. Su apertura vacía está, por lo tanto, en el origen de este sentimiento de extravío que nos sobreviene en la indistinción general “según [la] cual todo y todos estarían a la misma altura y en el mismo plano”⁵.

Podríamos recapitular así: la democracia se funda en una archi-distinción, en una separación entre la esfera política y las formas vida; la democracia no administra la vida, ni el contenido de lo político, sino que deja que toda forma de vida sea la que es, sin crear ninguna jerarquía entre ellas; esta falta de jerarquía, esta falta de unidad única de valor arroja a las formas de vida en un sistema de indistinción general en que todo es igual (ante el poder y ante la ley), pero también en el que todo equivale entre sí –el nihilismo está en su apogeo.

La experiencia histórica de la democracia es este retiro [*retraite*] de la esfera de lo político hacia la apertura de una pluralidad infinita de formas de vida, con el corolario de una desvalorización de toda forma de vida dentro de un sistema de indistinción general. Dicho de otro modo, la experiencia de las democracias coincide con la experiencia del nihilismo contemporáneo. Después de doscientos años de democracia, debiéramos ahora emprender una tarea de distinción en la indistinción general,” [y] esa tarea de distinción no es sino lo que puede abrir el camino a la salida del nihilismo”⁶. De este modo, habría que llevar la archi-distinción de la democracia hasta el final y darle verdaderamente a la distinción, a la separación entre las formas de vida y la forma política, su justa importancia y su verdadero valor: la forma política no administra la vida, sino que la deja ser. Sería necesario que esta archi-distinción deje el espacio para uno o para muchos principios nuevos de distinción en y entre las formas de vida. Las formas de vida deberían distinguirse, por medio de una sustracción a la indistinción general. Habría que saber distinguir, ser capaz de situar un gesto que evalúa y que distingue

⁴ Cf. Federico Ferrari, Tomás Maia, Federico Nicolao, *La convocation* (Génova-París: Chorus, 2006).

⁵ Nancy, *La vérité*, 41 [En castellano: *La verdad*, 41]

⁶ *Ibid.*, 42 [41-42]

lo que tiene valor de lo que no; crear un gesto que instituya un principio de distinción que no esté fundado en ningún principio ya dado: esta es la tarea de un pensamiento que quiere enfrentar hasta el fondo la democracia y el nihilismo. Pero es justamente en este punto, en esta tarea, que el problema de la democracia y del nihilismo tocan su propio paroxismo.

¿Cómo y dónde encontrar un gesto de distinción en medio de un sistema de vida común que destruye toda jerarquía y toda axiología?

El camino que habría que seguir para hallar este gesto parece conducir precisamente al centro mismo de la democracia, incluso al del nihilismo, a este origen de la archi-distinción, es decir, a la cuestión misma de una distinción originaria entre todas las formas de vida.

En efecto, las formas de vida son el contenido de la democracia, que en sí misma está vacía. En la democracia, lo que aparece es la diferencia o la distinción absoluta de toda forma. Cada forma es única, totalmente distinta de las otras. Ninguna forma tiene medida común con las otras. En el fondo, no hay más jerarquía posible porque todo es distinto en su singularidad, porque ya no es posible ninguna equivalencia general.

El hombre occidental libró su vida común a una forma vacía, a una apertura que no quiere otra cosa que permitir la creación o la concepción de nuevas figuras, nuevas formas de vida, una proliferación de sentido singular y plural. Pero esta apertura que permite todo también es el riesgo continuo de una permisividad general que sólo lleva a existencias sin ningún fin común salvo el goce inmediato de su propio ser-ahí.

Todo el problema de la democracia se muestra en su duplicidad precisamente aquí, en este paroxismo de goce y en este acceso de sentido: experiencia límite del nihilismo, de la pérdida de todo valor y, al mismo tiempo, posibilidad de un sentido que viene al mundo en todas partes y en todas las direcciones, para una humanidad que se renueva y se reinventa con cada nacimiento, más allá de toda identificación posible con una imagen ya trazada o con un sentido ya dado.

Yo creo que en este punto habría que enfrentar la cuestión de una necesidad aristocrática en el interior de la democracia, comprendiendo "aristocracia" y "democracia" como dos formas complementarias. Al decir esto, entiendo que la democracia es el espacio en que todo debe poder venir al mundo, en que toda forma de vida debe poder expresarse y llegar a ser al punto de erupción de un sentido que la nada del nihilismo está siempre a punto de hacer aparecer. La democracia es el espacio de la creación *ex nihilo* y sin fin(es) del sentido de las singularidades. Pero es preciso que en el interior de la democracia haya un principio de aristocracia, en que los gestos instauradores de sentido se evalúen sobre la base de una comunidad (que no se limita tampoco a los vivientes, sino a la humanidad en su conjunto histórico) donde sólo es soberano el principio de lo mejor, el principio del gesto más potente (que alberga más posibilidades).

La democracia es el espacio de una apertura, pero esta apertura tiene que poder contener figuras que creen entre ellas relaciones de sentido que vayan más allá de la simple constatación de la unicidad y de la incommensurabilidad de cada singularidad. En el interior de esta apertura hay que encontrar gestos que creen un lenguaje común, que sea capaz de mantener abierta la toma de la palabra, pero con reglas de escucha en que las palabras asuman un sentido que viene también de las resonancias lejanas, y en que las frases tengan un peso diferente según las bocas que las profieran.

La comprensión de los problemas de la democracia y del nihilismo pasa por la necesidad de ir más allá de democracia, en el interior de las fronteras de la democracia. Hay que guardar el espacio libre de la democracia, su apertura, su vacío, su archi-distinción de la vida, para crear, afirmar sin cesar la necesidad de criterios de juicio que mantengan juntas la pluralidad de las singularidades y de los tiempos. Para salir del nihilismo –o mejor, para llevarlo hasta su última instancia–, hay que asumir la urgencia de un sistema de valores, de un valor que se hace sin cesar en los gestos instauradores. No hay valores dados en la democracia, pero sí hay la necesidad del valor, de la distinción y del reparto de los criterios de valor, que nos sobrepasan infinitamente y que, por ello, conciernen a todos y a cada uno. Comprender esta necesidad, asumirla, quiere decir salir del nihilismo a través de su propia nada; quiere decir enfrentar la cuestión de un nuevo origen siempre en curso –la cuestión de una nueva creación *ex nihilo* de nuestro mundo, que no es sólo el mundo de cada singularidad, la constatación de la unicidad de cada singularidad, en que cada singularidad tiene su propio mundo, sino que, a fin de cuentas, es *nuestro* mundo, de nosotros que nos reconocemos y de nosotros que nos reconocemos los unos con los otros en una distinción aristocrática.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Nancy, Jean-Luc. 2003. "L'Image – le distinct". En *Au fond des images*. París: Galilée, col. "Écritures/Figures".
- Nancy, Jean-Luc. 2008. *Vérité de la démocratie*. París: Galilée, col. "La philosophie en effet".
- Ferrari, Federico. 2001. "The dis-enclosure of contemporary art: an underpinning work", en *Retraining Religion: Deconstructing Christianity with Jean-Luc Nancy*. Nueva York : Fordham University Press.
- Michelet, Jules. 1974. *Le Peuple* [1846]. París: Flammarion.
- Ferrari, Federico; Tomás Maia, Federico Nicolao. 2006. *La convocation*. Génova-París: Chorus.